

Mi hermana de otro mundo

Alejandro Luis García

📧 algarciaescribe

Nota al lector: Estos capítulos pertenecen a una versión previa del manuscrito, enviada a la editorial. No es la versión final impresa ni está adaptada a lectura digital, por lo que el PDF puede contener erratas o detalles aún por pulir.

CAPÍTULO 1

¡QUE NO ES MI HERMANA!

Elena agarraba su taza sobre la mesa con firmeza, sin quitarle la vista de encima a la chica que estaba sentada frente a ella. La otra, por su parte, solo estaba interesada en las particularidades del recipiente de cartón del que acababa de obtener la leche que vertió en su tazón y al que había oído llamar “tetrabrik”. Carlota, la madre de Elena, se movía apresuradamente entre la cocina y el baño, ultimando los quehaceres de la mañana antes de salir a trabajar.

—Mamá... —habló Elena finalmente, pero sin obtener la atención deseada—.

¡Mamá! —gritó con tono de desesperación.

—¡Ay, hija! —exclamó Carlota, a la que el grito había pillado por sorpresa—.

Menudo día llevas... Y no ha hecho nada más que empezar. ¿Qué te ocurre?

—¿¡Cómo que qué me ocurre!?! —Elena soltó su taza y señaló airadamente con ambas manos a la otra chica. Esta seguía ensimismada meneando los cereales con la cuchara sin animarse a comerlos mientras retiraba el mechón de color malva que destacaba en su media melena oscura y que caía sobre su ojo izquierdo de tanto en tanto.

—¿Vamos a tener esa conversación otra vez? —Carlota suspiró y se sentó en la silla que quedaba al frente de la mesa entre ambas chicas—. ¿Se puede saber qué es lo que no entiendes?

—¡Nada! —El tono de Elena era cada vez más alto y eso se lo advirtió Carlota arqueando una ceja; captó el mensaje enseguida y se detuvo unos segundos para tratar de calmarse, repasando mentalmente lo sucedido hasta aquel momento.

Se había despertado acalorada, aunque la mañana era fría. La calefacción aún no estaba puesta y su madre no la encendería hasta Nochebuena, así que no tenía sentido. Todavía adormilada, arrastró los pies hasta la cocina, tomó su taza de café solo y la agarró entre las manos. Ni siquiera pudo darle un sorbo, pues su madre la mandó de vuelta a la habitación para despertar a su hermana.

Su hermana.

Regresó a la habitación dando tumbos por el pasillo, sin cuestionarlo. Empujó la puerta, se acercó a la cama y extendió la mano para zarandearla. Solo entonces, al ver su figura tumbada sobre las sábanas, su mente despertó de golpe.

¿Su hermana?

Se quedó paralizada. Sus músculos se tensaron.

Diecinueve años siendo hija única. Diecinueve años sin compartir su habitación con nadie. Y, sin embargo, ahí estaba ella.

El grito que siguió debió de escucharse en todo el vecindario.

—Mamá, por favor, vuelve a explicármelo... ¿Quién es esta chica?

—Caelia.

—Eso ya me había quedado claro. ¿Quién es Caelia?

—Tu hermana. Me parece increíble que estés actuando de esta manera.

—Pero ¿de dónde ha salido? —Elena abrió los ojos al creer comprender la situación—. ¿Lo sabe papá?

—¿¡Qué tonterías estás diciendo!?! Por supuesto que lo sabe; es su hija. Me vas a volver loca, Elena.

Elena no replicó más; debía cambiar de táctica si quería descubrir qué es lo que estaba sucediendo.

—Si es mi hermana, ¿por qué no me acuerdo de ella?

—Hija, puede que sea cosa de lo que te pasó.

Elena se calló, apretó los puños y cerró los ojos en un intento de dejar ir ese recuerdo. Últimamente, todo lo que se salía un poco de su ser habitual, se atribuía a aquello; pero esto no era un dolor de cabeza o un hormigueo, se trataba de una persona real, tan cercana como una hermana, de la que no tenía ningún recuerdo.

—¡He dormido con una extraña en mi cama!

—Y dale... Ahora mismo no tenemos mucho espacio, quedamos en que compartiríais habitación y tu cama es absurdamente grande. Cabéis las dos de sobra.

Carlota volvió a levantarse y continuó con sus cosas, queriendo finalizar así la conversación.

—Mi cama es grande porque yo soy grande, no porque quiera compartirla con...

—Elena miró a Caelia justo en el momento en el que hacía una mueca de disgusto al probar los cereales. Eso molestó mucho a Elena, que se puso colorada y estalló otra vez—. ¿¡Qué se supone que es eso!?

—Le llamo Demonio. Diríase que ahora es un pez del fango, aunque no se comporta como tal —respondió Caelia.

Elena la miró sorprendida; era la primera vez que se había dirigido a ella y no se lo esperaba. Caelia hablaba pausadamente, con una voz dulce, pero firme, que no correspondía a su edad. Ella le devolvió la mirada impertérrita, al igual que Demonio, que movía sus largos ojos arriba y abajo en su dirección, apoyado sobre el hombro de Caelia.

—¿Diríase? Pero qué... —habló Elena para sí misma.

—¡Vamos! —avisó Carlota al volver a la cocina, ya completamente arreglada—. Vestíos y al coche. Hoy os llevo yo, que tengo que arreglar lo de Caelia en el instituto.

—¿¡Va a venir al instituto también!?! —exclamó Elena.

—¡Oh! No pretendo ser una molestia. Si no os resulta inconveniente, madre, hay asuntos que requieren mi atención esta mañana...

Caelia se levantó de la mesa y se dirigió a la habitación, pero se detuvo cuando sintió una mano apretando cálidamente su hombro, pero con firmeza.

—¿Cómo dices? —La voz de Carlota sonó aterradora en la cabeza de Caelia y un escalofrío la recorrió hasta los pies; escalofrío que también sintió Demonio y que le dejó tiritando durante un buen rato.

—Pienso que podría ocuparme de ellos más adelante...

Carlota asintió y Caelia fue a vestirse a la habitación. Elena hizo lo mismo cuando le tocó recibir la mirada amenazadora de su madre.

En el coche, Carlota había recuperado su alegría y lo demostraba tarareando las canciones de la radio. Tenía a sus dos hijas con ella y sentía que todo estaba bien. Elena, sentada detrás junto a Caelia, pero dejando todo el hueco que podía entre ellas, no disimulaba sus miradas y seguía dándole vueltas en su cabeza. Estaba claro que pasaba algo raro; no era posible que hubiera olvidado a su hermana y recordara todo lo demás, aunque... ¿Seguro que no había olvidado nada más?

—Cuán extraño es este cielo, Demonio —murmuró Caelia. Estaba pegada a la ventanilla, observándolo todo sin pestañear. Demonio también lo hacía, moviendo tanto los ojos que parecía que se le fueran a enredar.

—¿Qué le pasa al cielo? —preguntó Elena.

—Las nubes... Lo cubren todo —respondió Caelia sin dejar de mirarlo—, pero no como si fuera un mar, sino... Intimidantes.

Elena intentó procesar aquella respuesta; ¿qué podían tener de especial las nubes? Era otoño, hacía frío y últimamente estaba lloviendo bastante. Pensó que no podía ser más rara y lo confirmó cuando se detuvo a observar su vestimenta.

—¿A cuento de qué el poncho?

Caelia apartó la mirada de la ventanilla y miró a Elena de una manera tan inocente que Elena no supo por qué le enfadaba.

—¿A qué te refieres?

—Tu ropa... —Se inclinó para agarrar con dos dedos la prenda azul marino y esta brilló suavemente en el lugar del contacto y en los ribetes plateados de sus anchas mangas. Elena apartó los dedos, sobresaltada.

—Es mi túnica. —Demonio corrió por su brazo hasta resguardarse en el interior de su enorme capucha—. No te asustes, no es peligrosa si la visto yo.

Elena miró a Carlota invitándole a intervenir en la conversación, pero ella respondió subiendo el volumen de la radio.

—Parece que la noche ha sido movidita en el sur de la capital, ¿no es así, Maribel?

—En efecto, Mauricio. Según testigos presenciales, un furgón que transportaba material para una exposición en el Museo Arqueológico Nacional sufrió un aparatoso accidente a su paso por Torrejón de la Calzada...

—Yo he visto las imágenes y la furgoneta estaba reventada.

—Sí. Además, los mismos testigos presenciales... —La locutora se detuvo—. ¿No es redundante?

—¿Cómo?

—Es decir, todos los testigos son presenciales, ¿no?

—¡Ja, ja, ja! Claro que no, despistada compañera.

—*A ver, búscalo en Internet.*

—*¡Quita! Yo manejo el ordenador. Sigue con la noticia.*

Se oyó un suspiro.

—*Bueno, pues esta misma gente presenció una luz verdosa cegadora cubrir la zona durante unos segundos, así que, posiblemente, esta fuera la causa del accidente.*

—*¡Ja!*

—*¿Qué te pasa, Mauricio?*

—*Has dicho: “esta misma gente presenció”.*

—*Claro, porque es gente que presencia algo, no toda la gente presencia.*

—*Te estás contradiciendo, Maribel.*

—*Te odio cada día más.*

—*Es miércoles, 9 de noviembre, y están escuchando...*

No se podían ver, pero tanto Carlota como Elena habían reaccionado poniendo la misma cara de asombro a la conversación que acababan de escuchar. A Caelia también le había llamado la atención, pero por otro motivo.

—*Demonio...*

Demonio asintió con los ojos.

—*¿Trece días?*

Caelia susurró, pero Elena lo oyó.

El instituto estaba apenas a tres calles de su casa, pero las obras se habían multiplicado en el pueblo y Carlota tenía que corregir el rumbo continuamente, lo que hizo que regresaran al

punto de partida en dos ocasiones. Finalmente, decidió aparcar a mitad de camino y continuar caminando.

Al llegar, ya era tarde. Acababa de sonar el timbre de comienzo de las clases y no quedaba nadie en el patio, a excepción de algunos alumnos rezagados que pasaron a su lado corriendo. Las tres entraron en el edificio principal y se dirigieron al despacho del jefe de estudios que, no por casualidad, era el tío de Elena y excuñado de Carlota.

—Buenos días, Felipe... ¿Se puede? —preguntó Carlota, asomando la cabeza por la puerta.

—¡Carlota! Dichosos los ojos —exclamó levantándose de su butaca para abrazarla.

Entraron en el despacho y enseguida estaban alrededor de la mesa. Felipe y Carlota, sentados, mientras Elena esperaba ansiosa, cruzada de brazos y apoyada sobre la pared, el momento en el que su tío iba a desenmascarar a Caelia, que en ese momento atendía alucinada a los folios que salían sin parar de la impresora del despacho.

—Disculpa que haya sido todo tan precipitado.

—¡Bobadas! —respondió mientras sacaba unos documentos de un cajón de la mesa y se los presentaba a Carlota para firmarlos—. Cualquiera cosa por mi cuñada.

—Excuñada —corrigió.

—Detalles, detalles...

Felipe se levantó para recoger los folios impresos. Elena aguantó la respiración ante la expectativa de la reacción que su tío iba a tener con Caelia. Ahora iba a darse cuenta su madre de quién tenía razón.

—¿Me permites, Caelia?

—¿¡Qué!?! —exclamó Elena—. ¿Cómo puedes saber su nombre?

—Bueno, si no tuviera otra cosa que decir, diría que porque lo pone aquí —Felipe señaló el lugar en el documento en el que figuraba su nombre. Elena se tranquilizó un

poco—. Pero no soy tan mayor como para olvidar el nombre de mis sobrinas, ¿verdad?

—Pellizcó la mejilla de Caelia.

—¿¡Tú también!? —exclamó Elena—. ¡Que no es mi hermana!

—¡Elena!

Felipe le hizo una señal a Carlota para que se lo dejara a él. Se acercó a Elena y posó ambas manos sobre los hombros de su sobrina.

—Elena... ¡Qué alta estás ya!

—Igual de alta que hace seis años.

—¡Cómo pasa el tiempo! ¿Verdad? —Dejando una de las manos sobre su hombro, con la otra obligó a Caelia a unirse al abrazo, apretándolas hasta convertir la situación en incómoda para ambas y para Demonio, que tuvo que dar un pequeño salto a la cabeza de Caelia para evitar ser aplastado—. Un día te levantarás y te preguntarás qué fue de tu hermana... Créeme, esas cosas acaban pasando.

—¿Me estáis tomando el pelo? —Elena se zafó del abrazo y se apartó—. ¿La habéis visto? ¡Ni siquiera nos parecemos!

En eso tenían que darle la razón. Si Elena salió a la familia de su padre: rubia, alta, con aspecto desgarbado y blanca como un fantasma, aunque estas dos últimas características eran cosecha propia, Caelia debía de haber ido por el lado de su madre o la de una prima lejana, pues, aunque eran de estatura similar, la piel tostada de Caelia y su nariz ligeramente aplastada y con la punta redonda no tenían nada que ver con la de ningún miembro conocido de su familia.

—La genética tiene estas cosas, querida sobrina...

—¿Y nadie va a decir nada del bicho que lleva pegado todo el rato?

Felipe se puso entonces más serio y volvió a su silla a la vez que invitaba a Caelia a tomar asiento. Apoyando los codos sobre la mesa y con las manos entrelazadas frente a su barbilla, la observó unos segundos antes de hablar.

—Caelia, en este instituto no solemos traer a nuestros peces del fango a clase. Lo entiendes, ¿verdad?

Caelia vio entonces una oportunidad de salir de aquella situación y ocuparse de aquellos asuntos que tuvo que posponer.

—Entiendo que la presencia de Demonio en este lugar pueda sentirse como un sacrario en templo ajeno. Regresaré al hogar con él, sin más demora.

Caelia se apoyó sobre los reposabrazos para incorporarse, pero Felipe la interrumpió antes de que pudiera hacerlo.

—No obstante, teniendo en cuenta tu reciente llegada y tu período de adaptación, permitiré que te acompañe hasta que te sientas cómoda en tu nueva clase.

—Muchísimas gracias, Felipe. Demonio es muy importante para ella en estos momentos. Cariño, dale las gracias a tu tío.

—Os muestro mi gratitud, tío... Es un gesto bondadoso.

Elena, que aún permanecía en pie sin dar crédito a lo que estaba presenciando, se fijó en que por primera vez la voz de Caelia no sonaba tan segura como acostumbraba, aunque seguía usando ese vocabulario tan rebuscado.

—Bien, todo arreglado entonces —concluyó Felipe tomando los folios firmados por Carlota—. A clase las dos.

—Felipe, se me olvidaba. Caelia no tiene libros aún. Ha sido todo tan precipitado...

—No hay problema, Carlota. Ya había dispuesto que se sentaran la una junto a la otra para que puedan compartirlos.

—¡Estupendo! —Carlota se levantó y abrazó a sus dos hijas por turno mientras se le saltaban las lágrimas—. No sabéis qué contenta estoy ahora mismo. ¡Mucha suerte, Caelia, en tu primer día!

Carlota se marchó y Elena, casi llevada por la inercia de su madre, empezó a caminar para salir del despacho, pero Felipe la detuvo para que no se olvidara su mochila y también le entregó otra a Caelia. La miró con curiosidad antes de llevarla sobre su hombro, imitando a Elena, y salió apresurada detrás de ella, pues estaba segura de que acabaría perdida por el edificio si no la alcanzaba.

La primera hora en el instituto era silenciosa. Los únicos alumnos despiertos y con alguna gana de hacer ruido eran los de la clase de Educación Física en el patio. Cuando Elena entró en el aula, instintivamente todos sus compañeros se giraron para ver quién entraba, deseando que hubiera ocurrido algo que les permitiera escapar de aquel suplicio, pero solo era Elena. Sin embargo, cuando vieron detrás a Caelia, todos empezaron a murmurar, cada vez más alto, hasta que el profesor tuvo que ordenar silencio.

Elena cruzó hasta su pupitre al final de la clase junto a la ventana que daba al pasillo sin prestar atención a nadie. Caelia, por el contrario, caminaba cautelosa, abrumada por todas aquellas miradas tan poco discretas, hasta que llegó al pupitre vacío junto al de Elena y se hundió en el asiento. El que más a gusto estaba era Demonio, que ya había encontrado una buena posición para dormir dentro de la capucha.

—Señorita Velasco... ¿verdad? Sea bienvenida —saludó el profesor a Caelia, aunque esta no se dio por aludida. El profesor se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y leyó el listado—. Velasco San...

Elena movió rápidamente su pupitre para colocarlo junto al de Caelia. El ruido interrumpió al profesor antes de que dijera su segundo apellido.

—Di “sí” —le indicó con cierta desesperación.

—Sí... ¡Sí! —exclamó Caelia de una manera que al resto de la clase le resultó muy cómica.

La clase se reanudó ante el alivio tanto de Elena como de Caelia. Elena se dispuso a concentrarse exclusivamente en la lección, pero Caelia parecía morirse por decir algo.

—¿Qué te ocurre ahora?

—¿Qué cosa es esta? —preguntó Caelia emocionada. ¿Es posible que sean impresiones lumínicas?

—¿Te refieres a las fotografías?

—¿Fotografías? —Caelia pasó los dedos sobre una de las imágenes del libro con suavidad—. ¿Con colores? Esto ha de ser lo que en las leyendas llaman magia.

—Lo que tú digas —finalizó Elena, decidida a ignorarla o no sería capaz de seguir la lección.

La clase transcurrió con normalidad, aunque Caelia sufrió un poco más al no poder responder a ninguna de las preguntas que le hizo el profesor. Sin embargo, aquello no fue lo más relevante para ella, sino la gran capacidad de Elena para responder correctamente a todo, absolutamente a todo, lo que se preguntaba.

Llegó el descanso y si alguna de las dos esperaba que los demás se hubieran olvidado de Caelia, no pasaron ni dos segundos desde que el profesor abandonó el aula para que se dieran cuenta de su error. Una nube de alumnos sin ningún tipo de filtro en sus comentarios las rodeó, queriendo ver de cerca a la nueva alumna.

—¡Hola! ¿Quién eres? —preguntó una primera compañera muy espabilada.

—Mi nombre es Caelia... —respondió, sintiéndose intimidada.

—¿Qué nombre tan raro! —contestó otra.

—A mí me gusta —intervino un chico con aspecto de darse mucha importancia.

—¿Qué no te gusta a ti, que le tiras a todas, Manuel?

Todos se rieron, lo que permitió a Caelia dejar de ser por un momento el centro de atención y relajarse.

—Oye, Caelia —volvió la primera—, ¿qué tienes tú con...? —No quiso decir el nombre de Elena, la cual se ocupaba en finalizar los apuntes de la clase anterior intentando ignorar lo que pasaba a su lado.

—¿Con Elena? ¡Ah! ¡Somos hermanas!

Elena tosió al atragantarse con su propia saliva. Todos quedaron en silencio.

No hubo tiempo para más, pues enseguida apareció el profesor de Educación Física para recordar severamente que ya tenían que estar todos cambiados en el patio.

Caelia cogió la mochila que le habían dado como vio que hacían sus compañeros, pero no sabía si seguirles ni adónde se dirigían. Pronto encontraría la respuesta cuando Elena la agarró fuertemente del brazo para obligarla a seguirla.

—¿Estás majara? —susurró Elena muy molesta.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema? Me haces daño en el brazo...

Elena aflojó su agarre y se detuvo delante de Caelia.

—Mira, mi objetivo este y el próximo año es pasar completamente desapercibida. Me siento en una esquina, no hablo con compañeros, no hago actividades extraescolares, no voy a excursiones ni a quedadas... Y los demás tampoco me echan en falta. Así que, haz el favor de dejarme al margen de tus desvaríos.

Caelia asintió levemente con la mirada. Elena la soltó y ambas siguieron el camino hacia los vestuarios. Entraron y Caelia se sentó con las manos sobre las rodillas en un banco junto a Elena. Ante ella, sus compañeras se cambiaban la ropa que llevaban en clase por otra más ligera.

—Vamos —le urgió Elena.

Caelia, sin esperar más indicaciones, se quitó la túnica y se prestó a seguir a sus compañeras a la pista.

—¿Dónde vas así? —Los susurros de Elena parecían ir acompañados de un aliento de fuego draconiano a esas alturas.

Caelia se miró, Demonio se miró y los dos se miraron. Es cierto que no llevaba el mismo tipo de ropa que las demás, pero nunca había tenido problemas de movilidad con su camisola interior sin mangas de lino color beige y sus calzas grises ajustadas del mismo material.

—¿No es adecuado?

—¡Claro que no! —Elena se olvidó de susurrar—. ¿Dónde está tu ropa interior?

—La estás viendo.

—No. El sujetador, las bragas... ¿Por qué no llevas?

—¿Que no llevo qué cosa?

Desesperada, Elena abrió la mochila de Caelia y le lanzó la camiseta y los pantalones oficiales para la clase y, aunque estuvo tentada de lanzarle también las zapatillas, se contuvo y simplemente las dejó caer sobre el suelo. Caelia tomó una de las zapatillas en sus manos y Demonio saltó para acurrucarse en su interior.

—¿Esta vestimenta es para mí?

—La ha debido de preparar mi madre esta mañana. Es ropa mía de hace unos años y sus zapatillas porque, claro, mi supuesta hermana no tiene nada de ropa en casa y para el resto del día lleva... ¿Se puede saber qué llevas en los pies?

—¿Mi calzado dices? —Caelia lo miró sin entender qué era lo que llamaba su atención—. Mis borceguíes, por supuesto. Están ciertamente usados, ya que son míos desde... Desde que tengo recuerdos.

Elena cogió las zapatillas del suelo y se las mostró a Caelia.

—Póntelas, ya —le espetó con firmeza.

Nuevamente, las dos llegaron las últimas a la clase. Caelia había accedido a ponerse todo lo que le había ofrecido Elena, pero no consintió en quitarse las calzas, ya que no estaba hecha para soportar el frío que estaba haciendo. Demonio, por su parte, se había alojado en el interior del pantalón, sobresaliendo solo sus ojos con forma de periscopio.

La clase transcurrió normalmente, lo que para Elena quería decir pasarlo fatal. Apenas un par de carreras con exigencia le habían dejado sin aliento. Caelia, por el contrario, toleraba el cansancio de manera excepcional, ganándose la atención de sus compañeros más atléticos.

Cuando quedaban unos minutos para el final y con el profesor momentáneamente ausente, una compañera tropezó y cayó al suelo, haciéndose un pequeño corte en el muslo. Aunque no era grave, la mera visión de la sangre hizo que la compañera gritara y se formara un gran revuelo.

Caelia observaba la escena sin querer intervenir, preguntándose cómo reaccionarían los demás en una situación así, pero su torpeza la estaba poniendo nerviosa. Tampoco le ayudaba mirar a Elena, pues era una de las pocas que no se había acercado ni por curiosidad. No aguantó más y se abrió paso hasta la compañera, agachándose para ver la herida de cerca.

—¿Qué haces? —le preguntó temerosa entre sollozos.

—No temas, la herida no te afligirá por mucho tiempo.

Todos los compañeros guardaron silencio, impresionados por la seguridad con la que se manejaba aquella nueva alumna tan peculiar. Por un momento, hasta parecía que un halo mágico la rodeaba.

Caelia puso sus manos a ambos lados de la herida y apretó con fuerza.

Nada pasó.

Extrañada, volvió a intentarlo. Su mechón malva se dejaba ver mejor entre su melena morena, pero fue una ilusión; no ocurrió nada.

Caelia perdió toda la tranquilidad que le aportaba su experiencia en aquellas situaciones y sus brazos empezaron a temblar. Aunque pretendía que no se le notara en la cara, su nerviosismo era evidente y la compañera no sabía qué esperar.

En un último intento, se echó sobre la herida, quedándose a escasos centímetros de ella. Esto y el hecho de que Demonio aprovechara para asomarse un poco más a echar un vistazo terminó por asustar a la compañera, quien volvió a gritar, solo que ahora de miedo.

Caelia se echó hacia atrás cuando el profesor llegó. Este se la llevó en volandas a la enfermería mientras los demás compañeros regresaban a los vestuarios, preguntándose unos a otros si era cierto que Caelia había intentado chuparle la sangre. Ella ignoró los comentarios; solo podía pensar en que su don no había funcionado por primera vez y que, como se imaginaba, no volvería a funcionar mientras no resolviera aquel asunto del que quería ocuparse esa mañana.

El incidente de la clase de Educación Física llevó a Caelia y a Elena al despacho del jefe de estudios, lo cual habría incrementado el malestar de Elena, si no hubiera sido porque ya había

alcanzado su máximo. Por ello permaneció sentada, echada hacia adelante y cubriéndose la cara con las manos, mientras Caelia la miraba con extrañeza.

—Caelia, entiendo que llevas mucho tiempo fuera, pero he de remarcar que en este instituto no solemos chuparle la sangre a otras personas —empezó a hablar Felipe.

Caelia solo asentía atónita al improvisado curso de buenas maneras ante el sangrado de una compañera.

—¿De verdad le intentaste chupar la sangre? —le preguntó directamente Elena, adoptando una mejor postura en la silla.

—¡Por los dioses! Jamás incurriría en semejante acto. Una taumaturga sana, cuida y se entrega a los demás.

Elena, a la cual en realidad no le importaba su respuesta, se dirigió a su tío.

—¿Se puede saber qué hago yo aquí? Ni siquiera me acerqué a ellas.

—Tu aislamiento social es algo de lo que también deberíamos hablar, Elena, pero en otra ocasión. Estás aquí porque es mejor recibir estas charlas rodeado de la gente que te quiere y se preocupa por ti. Además, tú, como su hermana y alumna veterana del centro, eres su responsable ahora mismo.

—¡Que no es mi hermana! —Lo de “alumna veterana” le caló profundamente. Se levantó y se fue del despacho sin pedir permiso.

—Bueno, Caelia, dale tiempo. Tu hermana lo ha pasado bastante mal estos dos últimos años... Ahora, si me disculpas, tengo una llamada que hacer.

Felipe cogió el teléfono y enseguida tenía a su interlocutor al otro lado.

—¡Ernesto! ¡Qué alegría volver a oírte! —Caelia se levantó y salió por la puerta pensando que era posible que no supiera volver—. ¿Ya te quieres reincorporar? Nos haces un favor...

Caelia consiguió regresar al pasillo en el que estaba su aula sin perderse, lo que significó un momento de gloria para ella. Con la vista fija en la puerta del aula, casi llegando a la altura del aseo, le llamaron la atención unos gemidos que se oían en el interior. Un segundo después, una mujer con la ropa descolocada y despeinada salió caminando rápidamente de él, caminando velozmente y sin detenerse por nadie.

Cuando dobló la esquina y ya no se la podía ver, Caelia continuó su camino hasta la puerta del aula. Allí, Elena estaba rodeada por varias chicas, casi todas tan altas como ella, que parecían intentar convencerla de que se uniera a ellas en lo que Caelia imaginó sería una especie de grupo de aventureros en busca de alguna hazaña épica. No pudo enterarse de nada más, ya que también ella fue asaltada por una compañera.

—¡Mira qué bien! ¿Qué tal? Caelia, ¿verdad? ¿Te vas adaptando?

Caelia tardó un poco en procesar el mensaje de aquella chica, dada la velocidad inusitada con la que hablaba.

—Eh...

—Sí, sí... Lo que sea. Soy Sonia, la subdelegada del curso y bla-bla-bla... —la interrumpió sin esperar a que le diera una respuesta. Sacó un par de folios impresos de la abultada carpeta que llevaba apoyada sobre el pecho y se los entregó.

—¿Qué se espera que haga con esto?

—"Esto" es vuestro trabajo de la asignatura de Biología, Geología y... Bueno, como se llame, me da igual.

—¿Un trabajo? —Caelia lo susurró dirigiéndose a Demonio, que se asomó desde la capucha para echarle un vistazo. Por un momento se le iluminaron los ojos al pensar que se trataría de uno de los trabajos a los que estaba acostumbrada.

—Sí, trabajo, ya sabes: buscas información sobre un tema, lo pones en común con tus compañeros, los plantáis sobre papel, quizá una cartulina preciosa que os costará más tiempo hacer que reunir la información, lo presentáis ante la clase, preguntas, aplausos condescendientes, etcétera. —Sonia vio que la confusión persistía en la cara de Caelia—. ¿No? ¿De dónde se supone que has salido tú?

—¿Yo? Vivo con Elena...

Sonia la miró entrecerrando los ojos y cerró su carpeta.

—¡Ah! Sois un trío. El vagabundo que se sienta delante de tu hermana también es de vuestro grupo. —Dicho esto, se fue con la frente alta, pero su comportamiento cambió completamente en cuanto detectó al delegado, un chico tan apuesto como torpe con las chicas, por el que bebía los vientos. A este empezó a hablarle atropelladamente de una tal “Farmachiya”, por lo visto, nueva *streamer* de moda de Torrejón de la Calzada.

—¿Qué quería Sonia? —preguntó Elena quitándole los folios de la mano a Caelia.

—No sé si la he comprendido bien...

Elena les echó un vistazo y su mal humor resurgió, si es que alguna vez se había ido.

—¿Un trabajo? ¡Si ya no doy para más! ¿No le has dicho nada?

—No...

—¡No, claro! ¡Qué le vas a decir tú!

Elena entró airada en el aula y Caelia la siguió con la sensación de que nunca lograría adaptarse a aquel lugar.

El resto del día transcurrió de manera parecida. Caelia llamaba la atención y, aunque la escena en clase de Educación Física le había hecho perder popularidad, todavía había quienes se acercaban a ella entre clase y clase para preguntarle cualquier cosa. Elena no lo llevaba bien. No le importaba que hablaran con ella, pero preferiría que no lo hicieran al lado de su pupitre. Tanta gente meneándose a un palmo de su cara le molestaba muchísimo.

Además, según lo que oía, estaba segura de que solo querían reírse de Caelia y, no es que le importara por ser ella, sino porque, precisamente por ese tipo de cosas, no le caían bien.

En el camino de regreso a casa, Caelia tenía miles de preguntas. No solo acerca del instituto, sino de todo lo que le rodeaba. Se las guardó para ella, pues no veía a Elena con cara de querer conversar y habían llegado a un punto en el que el mero sonido de su voz le hacía enfadar.

Desde el punto de vista de Caelia, Elena era un caso peculiar. Destacaba por alta, por rubia y por pálida, para bien o para mal, pero no seguía los estándares de vestimenta que había observado en las demás compañeras; de hecho, parecía que en aquella holgada sudadera que vestía podían caber dos como ella o quizá tres. Era inteligente, desde luego, y trabajadora, pero, a pesar de todas las cosas buenas y por las que podía estar orgullosa, mantenía a los demás alejados. Ella misma se apartaba del resto; solo una vez la vio hablar con otras personas... Eso tenía que preguntárselo.

—Elena...

Elena gruñó sin mirarla y sin detener su paso.

—¿Qué traje a aquellas mozas a hablar contigo?

Elena pensó un segundo a qué se refería antes de contestar.

—No te importa.

A Caelia no le sonó convincente y vio la oportunidad de sacarle algo más.

—Eran de una estatura realmente formidable. —Se puso de puntillas para intentar alcanzar la altura de sus cabezas con la mano.

—Son del equipo de baloncesto.

—¿Baloncesto?

—Sí, baloncesto, el deporte... ¿Es que hay que explicártelo todo?

—¡Ah! Deporte... ¿Y es preciso ser tan alto para realizar ese deporte?

—No, claro que no, pero al final... Es una ventaja.

—Entiendo... —Caelia pretendía continuar con la conversación, pero un fuerte ruido cercano llamó su atención—. ¡No es posible! —exclamó divertida—. ¿Los hay de dos ruedas?

Elena se fijó entonces en la moto que había fascinado a Caelia.

—Es como si sacase a pasear a mi perro por primera vez —se dijo.

Caminaron un poco más y pronto estuvieron en el portal de su casa. Elena subió, pero Caelia prefirió dar una vuelta por los alrededores, cosa que a Elena le pareció estupendo, ya que, desde que se había levantado esa mañana, no se había despegado de ella. Tampoco le importaba si no regresaba.

Unas horas después, cuando Elena había acabado de estudiar, oyó mucho jaleo que provenía de la calle. Aquella era la vía principal del pueblo, la calle Real, y en ocasiones, cuando la carretera de Toledo se atascaba, causaba problemas también en ella, pero a esas horas un miércoles no era tan habitual.

Se asomó a la terraza y observó que el atasco llegaba hasta la rotonda del pinar. Ya estaba anocheciendo y no lograba verlo bien, pero algo le inquietaba. Sin darse cuenta, había llevado todo el rato en la mano el papel con el trabajo que les habían encargado. Se sintió mal por Caelia y, aunque quiso borrar ese pensamiento de su mente, al poco rato estaba corriendo calle abajo, temiéndose lo peor.

Tres coches se bloqueaban unos a otros mientras sus conductores discutían con Caelia, que estaba sentada sobre el asfalto asustada y sin decir nada. Elena llegó, ayudó a Caelia a levantarse, se disculpó con todo el mundo sin darles tiempo a replicar y

desaparecieron del lugar adonde ya no pudieran ser vistas. Elena, asfixiada por el esfuerzo, se apoyó contra un muro intentando recuperar el aliento.

—¿Qué estabas haciendo ahí? —consiguió preguntar finalmente.

Aparte del aspecto que le daba la cara llena de barro, los ojos llorosos la hacían parecer un cachorro abandonado. Elena se tranquilizó un poco.

—Lo ignoro... *Estava* caminando por allá, una luz me cegó y se oyó un chirriar como el de una piedra de afilado del mercado de Tabayarén. Salté hacia atrás y estuve cerca de golpearme con uno de esos coches, como los llamáis. Luego llegó otro más grande y me eché al suelo entre todos esperando que me arrollaran, mas no fue así. Varias personas emergieron de ellos y comenzaron a gritarme y a gritarse entre sí... No sabía qué hacer.

Cuanto más explicaba la situación, peor se sentía. Estaba en un lugar desconocido, y, aunque no era la primera vez que tenía que adaptarse a situaciones inesperadas, aquello la superó.

—¿Cruzaste por la rotonda? ¡No se puede cruzar por ahí!

—¿Rotonda? ¡Oh...! No era consciente —respondió avergonzada por su escaso entendimiento del mundo en el que estaba. No sabía lo que era una rotonda, pero entendía lo que había sucedido y que había actuado de forma imprudente.

Elena, ya recuperada, la miró de arriba a abajo, analizando su aspecto.

—Vamos a casa, anda. Tendrás que darte una buena ducha y hay que limpiar esa túnica tuya... —Elena se fijó mejor en ella y se dio cuenta de que no se había manchado en absoluto—. ¿Cómo es posible que te hayas manchado tanto tú y nada tu ropa?

Caelia mostró con orgullo su túnica. Aquella prenda azul oscura con ribetes plateados en las anchas mangas le había sido siempre muy útil y jamás se había manchado.

—¿Elena? —habló recuperando su timidez.

—¿Qué ocurre?

—Gracias.

Elena hizo un gesto para quitarle importancia.

Finalmente, ambas volvieron a casa, tratando de no llamar la atención de las personas que seguían discutiendo y provocando un atasco que llegaba hasta la entrada norte del pueblo.

Nada más entrar en casa, Elena prácticamente tuvo que empujar a Caelia para que entrara en el baño.

—¡Vamos! Tienes que pasar por la ducha. No puedes andar por ahí con esas pintas.

Caelia se miró y Demonio también lo hizo. No veía nada que debiera preocuparle.

—¿Qué es eso de la ducha?

—No me vengas con esas... Te vas a lavar y tú... —dijo agarrando a Demonio—.

¿Por qué no se despega? ¡Oh, madre mía! ¡Tanta porquería tiene que se te ha pegado!

—No es así, es solo que no nos podemos separar.

—¿Cómo que no os podéis separar? ¿Por qué?

—Lo ignoro.

—Bueno, es igual, os ducharéis juntos; es un pez, ¿no?

Elena acabó de meter a Caelia en el baño y cerró la puerta desde fuera. Ella se quedó inmóvil, mirando todo lo que había en esa habitación tan pequeña en comparación con las otras.

—¿Te has desnudado ya?

—No...

—¿A qué estás esperando?

—¡No tengo idea alguna de cómo funcionan estos artefactos!

Caelia tocó el grifo del lavabo y accionó el monomando al máximo, haciendo que el agua salpicara tanto su ropa como al espejo.

—¿Bromeas? ¿Es que nunca has estado en un baño?

—¿Esto es un baño?

Caelia miró ahora intentando relacionar todo lo que veía con lo que conocía y logró tranquilizarse, aunque seguía sin comprenderlo del todo. Bajo sus pies, la pequeña alfombra del baño sonaba como si estuviera sobre un charco.

—¿Cuál es el objeto de una alfombra en el baño?

—Se llama alfombrilla. Absorbe todo lo que cae en ella.

Caelia dio un salto para dejar de pisarla, temiendo que pudiera absorberla también a ella.

—¿Ya? —insistió Elena.

—Aguarda...

Caelia se desnudó. Demonio se colocó sobre su cabeza, observando con interés cómo se desenvolvía.

—¡No lo entiendo!

—¿Qué no entiendes?

—¿Dónde se halla la tina? ¡Aquí solo hay una urna de cristal!

—¡Eso es la ducha!

—¡Dioses! ¿¿Qué es una ducha!?

Elena desistió y entró, intentando no mirarla ahora que estaba desnuda. Fue directamente a la ducha y la abrió, dejando caer el agua desde lo alto de la columna.

—Jabón, champú, acondicionador, toalla, secador... —dijo, señalando cada cosa con una mano mientras se tapaba los ojos con la otra.

Caelia lo escuchó todo, pero no retuvo nada, anonadada como estaba por la novedad de ver caer el agua de esa manera y que eso se empleara para limpiarse. Había experimentado durante ese día infinidad de situaciones que para ella eran extrañas, pero fue esta la que la hizo sentir muy lejos de su hogar.

Cuando el baño quedó libre, Elena se quería morir. Parecía que se hubiera estado duchando una jauría sin supervisión. No tuvo fuerzas para protestar, por lo que decidió ducharse ella larga y relajadamente antes de recogerlo todo.

Media hora más tarde, Caelia, ya seca, continuaba envuelta en una toalla enorme que la cubría desde la cabeza hasta las rodillas. Demonio aparecía y desaparecía entre los dobleces mientras ella contemplaba la calle desde la ventana de la habitación.

—Estas tierras son extrañas, Demonio —observó detenidamente—. La gente habla el mismo idioma que nosotros, mas su manera de utilizarlo es algo diferente... Y tienen todos estos artefactos que nunca vi... ¿Observaste la cantidad de caños que hay? Mas no tienen una tina al aire libre. Por supuesto que, viendo cómo de recogidas son sus casas...

Se alejó de la ventana, cogió un pequeño libro con imágenes de animales y se dejó caer sobre la cama boca arriba.

—¿Advertiste que casi todo el mundo tiene el cabello de un solo color? ¡Hay gente que no tiene! Y no parece que eso les haga actuar de manera errática ni violenta; al menos desde mi perspectiva.

Se dio la vuelta y comenzó a pasar las páginas.

—¿Y la fecha? ¿Cómo es posible que hayan pasado trece días? En fin, hasta que no encuentre mi báculo, habremos de seguir formando parte de esta familia.

Levantó la vista y encontró una fotografía de Elena vestida con lo que ya había aprendido que era ropa deportiva.

—Elena... ¿Por qué a ella no le afecta?

Demonio la miró y Caelia le entendió o al menos hizo como que le había entendido.

—Sí, algo le ocurre, pero no pienso que tenga que ver con nosotros.

La puerta se abrió y apareció Elena vestida con un grueso albornoz.

—¿Es que te responde el bicho ese?

—A su manera.

Elena suspiró y le lanzó su ropa sobre la cama.

—No deberías estar tanto tiempo con la toalla, te vas a poner mala.

—Te lo agradezco, mas no creo que eso pueda ocurrir.

—Como quieras. Entre la ropa de mi madre encontrarás algún pijama de invierno; aunque seguramente uno mío te cubra mucho más.

Elena cogió su pijama y regresó al baño. A Caelia entonces le vino a la mente la última vez que tuvo que empezar en una nueva familia.

~ ~ ~ ~ ~

Abrió los ojos y permaneció inmóvil, intentando recordar el techo que tenía ante sus ojos. Había alboroto en la habitación, mucho, signo evidente de que había mucha gente, la mayoría en mal estado. Al pasar algunas sanadoras sacriarias por delante de ella, entendió que se encontraba en una casa de curas, posiblemente en el cantón de Magec, dado el color ocre de sus casullas.

Volvió la cabeza hacia un lado donde había notado una presencia y se encontró con los grandes ojos de una pequeña niña de cabello rizado y pecas alrededor de la nariz. La niña

se alarmó al verla moverse y despierta y corrió a avisar a alguien. Pronto el responsable del establecimiento y una sacaria más la atendieron y ayudaron a incorporarse sobre la cama para que pudiera beber un poco del mágico líquido de los dioses.

Bebió con ganas. No sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente, a buen seguro debían de haber sido varios días por cómo se sentía. Mientras se recuperaba, observó a la niña junto con sus padres, que habían venido a recogerla, y cómo parecía hacerles indicaciones sobre ella. Acto seguido, la niña se aproximó y le habló.

—¡Hola! —la niña pareció recordar algo y miró de reojo a su madre, que le recordó con la mirada cómo debía referirse a una persona desconocida—. Disculpe mis modales, eteriana... ¡Saludos! ¿Cuál es tu nombre? El mío es Mina.

La miró con simpatía; era difícil no hacerlo con aquella cara llena de ilusión mirándola fijamente.

—Yo... Me llamo Caelia.

—¿Caelia? ¡Menudo nombre original! ¿Por qué tu cabello es así?

—¿Mi cabello? —Caelia se pasó la mano por él pensando que podría estar en mal estado o incluso haber perdido parte de él. No era eso, ella miraba concretamente a un mechón, a su mechón de color malva—. Es mi mechón de dotada... Es malva porque soy dotada de Chaxiraxi.

—¡Jamás había conocido a una dotada de Chaxiraxi!

Mina fue llamada por sus padres, así que Caelia actuó con rapidez. Tomó su báculo en la mano y lo presionó levemente sobre Mina a la vez que susurraba una palabra: *Familion*. No necesitaba de ella para realizar el acto etérgico, solo le ayudaba a concentrarse en lo que quería conseguir.

Sin que nadie pudiera percibirlo, un poco de su etergia fue canalizada a través del báculo hasta penetrar en Mina y, desde ella, fragmentos imperceptibles de la misma etergia

volaron hacia sus padres y al exterior de la casa de curas, buscando a sus principales familiares y allegados.

Caelia se puso en pie lentamente; estaba mareada y habría caído al suelo si no la hubiera sujetado el padre de Mina, que había acudido a ayudarla.

—Tranquila, hija, ve paso a paso, no tenemos prisa.

Caelia miró agradecida al hombre grande y rudo trabajador del campo que ahora era su padre y salió del edificio acompañada de su nueva familia.

CAPÍTULO 2

NO TE AFLIJAS... ES AZÚCAR

Un nuevo día, un nuevo desayuno. Elena agitaba su café con la cucharilla en una acción irrelevante, puesto que lo tomaba solo y sin ningún tipo de edulcorante. No obstante, le venía bien hacerlo mientras observaba detenidamente a Caelia.

—¿Te los vas a comer o solo los aireas para ver si aún respiran? —habló finalmente Elena.

Caelia bajó la cucharilla y volvió a sumergir los cereales que habían quedado en ella. No estaba jugando con el desayuno, era simplemente que no se atrevía a comérselo. Haciendo un enorme esfuerzo, se llevó la cucharilla a la boca y tragó sin saborearlo, poniendo una mueca de asco evidente.

—¿No te gustan mis cereales? —preguntó Elena agresivamente—. Pues es lo que hay. En esta casa toda mi comida es así.

—Elena... —intervino Carlota—. Ten, hija. —Carlota puso delante de Caelia un par de tostadas y mantequilla—. Esta tarde pasaré por el súper y compraré algo con más... —Carlota se detuvo antes de pronunciar la última palabra.

—¿Con más sabor, mamá? —ironizó Elena—. No pasa nada, ya lo tengo asumido. Podéis comer lo que os dé la gana. —Elena se levantó para ir a vestirse, pero antes cogió otro recipiente que también le puso delante a Caelia—. Esa mantequilla no lleva sal, échale.

Caelia, que hasta el momento había decidido callar para no empeorar las cosas, teniendo en cuenta el humor con el que se había levantado Elena, se preparó las tostadas ávidamente y dio el primer bocado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Elena al ver que la expresión de Caelia volvía a cambiar.

—No es nada, no te preocupes... Están buenísimas...

—¿Qué-te-pasa? —insistió apoyándose sobre la mesa a muy poca distancia de ella.

—Azúcar.

—¿Qué?

—Lo que me has dado... Es azúcar. ¡Están muy buenas! No te aflijas... —Caelia dio un par de bocados más para convencerla.

Elena se puso completamente colorada. Dio media vuelta y salió por la puerta de la cocina sin decir nada.

De camino al instituto, Caelia corroboró que utilizar el coche para hacer este trayecto era una pérdida de tiempo y muy estresante, según pudo observar en Carlota. Caminaba junto a Elena y no le costaba trabajo a pesar de la diferencia de longitud en sus piernas, ya que Elena lo hacía más despacio de lo que cabría esperar en una chica de su edad, pero no se la veía disfrutar del paseo; no había más que mirarle a la cara para darse cuenta de que para ella representaba un esfuerzo suficiente como para hacerla sentir cansada.

Al pasar junto a un grupo de personas que había llevado a sus hijos a un colegio cercano, Elena bajó el ritmo hasta casi detenerse.

—¿Sucede algo, Elena? —preguntó Caelia, que había tenido que retroceder un par de pasos para volver con ella.

Elena le hizo un gesto para que escuchara.

—¿Es en serio? —preguntó una de las mujeres—. Si anoche no llovió nada.

—Pues yo acabo de pasar por allí y no se ve el fondo —habló un hombre.

—Por ahí dicen que se puede desbordar —añadió otro.

—¿Desbordar? ¿El arroyo de La Peñuela? —contestó una señora de más edad—. ¡Vamos, hombre!

—De verdad —intervino el que lo había visto en persona—. Incluso ha desaparecido el mal olor. Todo parece más confortable...

Elena reanudó la marcha y Caelia la siguió.

—¿Hay un arroyo cerca?

—¿No lo viste anoche?

—No me alejé más allá del pequeño pinar que tenéis encerrado entre muros.

Caelia se sintió triste y avergonzada por un segundo, recordando el episodio de la rotonda.

—Normalmente apenas tiene agua. En esta época, además, dicen que huele muy mal, aunque yo no me acuerdo ya de eso.

—¿Se puede pescar en él? —preguntó Caelia con la mirada iluminada.

—¿Pescar? ¡Qué va! Ahí no pueden vivir peces... —Elena miró a Demonio, que se encontraba, como de costumbre, dentro de la capucha de Caelia, y él se la devolvió con desconfianza—. Sería más propio para tu bicho.

—¿Demonio? De momento no puede separarse de mí, como ya sabes.

—Eso es algo que no entiendo. ¿Come, bebe y hace sus cosas?

—Ahora que lo mencionas... —Caelia se puso pensativa—. No recuerdo que haya hecho nada de eso desde que estamos aquí.

—¿Eso te parece normal?

—No sabría decirte... ¿No comes, Demonio? —le preguntó mientras lo cogía en sus manos—. Dice que con estar cerca de mí le basta. ¿No resulta agradable?

Elena miró a Demonio, luego a Caelia y volvió al primero, que la miraba moviendo sus ojos de un lado al otro.

—Agradabilísimo. —Elena llevó los ojos hacia atrás y aceleró ligeramente el paso. Caelia no entendió la ironía, pero apretó el paso igualmente y Demonio volvió a la capucha. No aguantó ese ritmo por mucho tiempo, así que pronto recuperó el paso anterior.

Al entrar en el instituto, Caelia se vio rodeada por varios compañeros que querían hablar con ella. Elena hizo como si no se diera cuenta y siguió caminando, aunque bastante despacio, incluso para ella.

—¡Eh, Caelia! —empezó uno—. Me mola tu túnica. He leído que estuvo muy de moda hace 500 años.

—Eres muy amable... En el lugar del que vengo es habitual entre los taumaturgos.

Caelia se movió mostrándola por todos lados, ajena a la burla de la que acaba de ser objeto.

—¿Taumaturgos? ¿De qué juego has salido?

—¿Juego? No comprendo...

—Te pega mucho con tu mechón... ¿Qué color es ese?

—Es malva, es la marca que recibí en mi Ceremonia del Don.

—¿No se está borrando? —dijo otro.

—Es como si te hubieran pisado la cabeza —volvió el primero.

—Es cierto que últimamente ha perdido intensidad...

—Sí, deberías lavarte más a menudo.

—Casualmente, ayer mismo...

—Así dejarían de salirte bichos como ese —dijo una compañera señalando a Demonio, que se revolvió enfurecido y le habría mordido el dedo, de haber tenido dientes.

De pronto, una mano se hizo paso en el corrillo que se había organizado, agarró a Caelia de la suya y tiró con fuerza. El grupo rompió a reír mientras Elena se llevaba a Caelia al interior del edificio y solo allí la soltó.

Caelia miró a Elena y luego al grupo. Estaban cuchicheando y seguían riendo entre ellos.

—Vamos —dijo Elena.

Caelia al fin lo entendió y la siguió cabizbaja.

Nada más ocupar sus asientos, apareció Sonia con la misma carpeta del día anterior que, aunque pareciera imposible, tenía aún más documentos en su interior. Caelia pensó que podría ser una buena porteadora si era capaz de llevar todo aquello sin perder ninguna página.

—Bienvenido seas de nuevo al apasionante mundo del instituto, Alberto —dijo nada más llegar y, sin esperar que le respondiera, le entregó el documento con la información del trabajo.

Ahí se percató Caelia de que el sitio delante de Elena, que el día anterior estuvo vacío, lo ocupaba este tal Alberto. De aspecto desaliñado, inexpresivo, muy sudoroso; no soltaba una botella de agua que parecía no vaciarse nunca, a pesar de los pequeños sorbos que le daba cada dos por tres.

Sonia no quiso entregarle la hoja en su mano tan húmeda y se la dejó sobre la mesa.

—Mejor así, no queremos que desaparezca, ¡puf! Como por arte de magia. —Alberto no dijo nada y guardó el papel en una carpeta—. Recordad que es para el próximo jueves.

—¡El jueves! —exclamó Elena, que hasta entonces había estado pendiente de sus cosas.

—Sí... Poco tiempo, ¿verdad? Es una faena... Pero a mí me importa un bledo, así que, ya sabéis, ¡a trabajar!

—Eres...

—¡Espera! Guarda eso tan importante para ayer —la interrumpió Sonia. Sacó su móvil del bolsillo y se sumergió en una red social—. ¡Ah! ¡Un directo nuevo de “Farmachiya”!

Caelia hacía un rato que se había perdido. No comprendía qué era el artefacto que tenía Sonia entre sus manos. Elena, con cara de enfado y frustración, y Alberto no prestaban ninguna atención. Con mucho cuidado, se asomó para poder ver el aparato y, sobre ella, Demonio hizo lo mismo.

—¿Es un espejo? —preguntó perpleja.

—¿Un espejo? Pero tú... —respondió, pero decidió no perder el tiempo con ella y seguir mirando el móvil.

Caelia escuchaba a “Farmachiya” hablar de su establecimiento, de su vida y de mil cosas más que no tenían sentido alguno para ella, todo acompañado de mucho maquillaje y poca ropa cubriéndole el pecho. Lo que más le llamó la atención, sin embargo, eran sus gafas, demasiado grandes, oscuras y, de alguna manera, amenazadoras.

—Sus lentes... —Demonio se escondió dentro de la túnica, asustado, como si hubiera visto un fantasma.

—Son divinas, ¿a que sí? Yo quiero unas iguales, pero no dice dónde las compró, aunque la gente le pregunta.

Caelia la miró extrañada, pero, a fin de cuentas, no entendía cómo funcionaban las modas y los gustos de la gente en este lugar.

—¿Qué vende?

—¿No la conoces? Tiene una farmacia en el pueblo. Es la *streamer* más conocida de Torrejón de la Calzada. Aunque eso no es muy complicado... Creo que vive por Río Ebro o

algunas de las otras calles de ríos... ¡No es que la haya seguido ni nada! Es que también hace directos por esa zona...

—*¿Estrim... estrimer?*

Sonia dejó de mirar el móvil. La emisión había concluido y su humor volvió a ser el de costumbre. Miró a Caelia y a los otros dos entornando los ojos, resopló hinchando los carrillos como si tocara una trompeta invisible y se marchó a su pupitre.

Caelia, confundida por un momento, se sentó intentando asimilar lo que acababa de presenciar.

La profesora entró en el aula. Caelia, que no estaba tan distraída como sus compañeros ni absorta en su libro como Elena, la vio entrar atropelladamente, caminando mientras removía el contenido de su bolso sin cuidado. Enseguida la recordó del día anterior, saliendo del aseo de aquella manera tan inquietante.

Tanto interés le ponía en su bolso que Caelia se fijó en él y pudo ver un destello que le hizo sentir removerse algo en su interior. Como si le hubiera leído la mente, la profesora llegó a su mesa, dejó el bolso sobre la silla y sacó de él un espejo de mano, pero Caelia no alcanzó a verlo bien. Lo guardó de nuevo en el bolso y súbitamente se giró hacia la clase, cruzando su mirada con la de Caelia, ya que era la única que la estaba observando.

—Tu nombre. —La profesora la señaló con los ojos muy abiertos. Los demás alumnos dejaron sus conversaciones y se prestaron a escuchar con atención.

—¡Caelia! —respondió automáticamente sin disimular su sorpresa.

—¿Cómo definirías un elemento radiactivo y qué caracteriza a estos elementos a nivel atómico?

La profesora desplegó sobre la pizarra un póster con la tabla periódica y la señaló sin dejar de mirar a Caelia, quien notó cómo se le estaba congelando la cabeza.

—¡Vamos! —insistió la profesora—. Dime qué es. ¿No lo sabes? Pero estás en esta clase... —Giró levemente la cabeza, en una postura muy forzada, pues continuaba señalando el póster, y miró ahora a Elena.

—Son un tipo de elemento químico cuyos núcleos atómicos son inestables, lo que significa que se desintegran espontáneamente, liberando radiación en forma de partículas o energía. Esto se debe generalmente a un desequilibrio en la relación entre protones y neutrones en el núcleo.

Elena soltó esta parrafada sin titubear ni cambiar la expresión de su cara un ápice. Caelia la miró ojiplática, sin haber podido moverse desde que le dijo su nombre a la profesora.

—¡Perfecto! —exclamó la mujer—. Pero, no lo entiendo... Las dos estáis en la misma clase, os sentáis juntas... ¿Cómo es posible que una lo sepa y otra no?

La voz de la profesora cambiaba de palabra en palabra de tonos altos y agudos a otros más bajos y graves; no dejaba de mirar a Caelia y de esta manera se fue acercando a ella lentamente.

Los compañeros dividían sus reacciones entre incrédulos ante su comportamiento y divertidos, haciendo comentarios sobre Elena y sus experiencias pasadas con esta asignatura. Elena los escuchó, frunció el ceño y regresó a su libro.

—¡Claro que no lo sabes! —gritó, haciendo que ahora todos la miraran atónitos—. No los comprendes... Piensa en el uranio... Enorme... ¡Poderoso! —La profesora no dejaba de gesticular con cada palabra, hasta que llegó al pupitre de Caelia y lo agarró con las manos, acercando su cara poco a poco a la de ella—. Pero ¿sabes? En su interior lleva una semilla, la

semilla de su propia transformación. Torio, protactinio... ¡Radio! Cada paso es un grito, una última manifestación de su energía.

De pronto, se separó del pupitre y se dio la vuelta. Su voz se quebraba.

—¿Y el bismuto? Casi estable, pero al final también acabará cayendo; a pesar de todo el esfuerzo, su destino es desaparecer... Como el radón, fugaz, casi invisible, condenado a desvanecerse en días, ¡en minutos! —Las lágrimas comenzaron a aflorar en sus ojos. La clase ahora estaba asustada; el único que se mantenía impertérrito era Alberto, ocupado en sus sorbos—. ¡Están condenados a perderlo todo! Solo en el plomo encuentran la paz, pero este lleva sobre sí el peso de todos los cadáveres, de millones de años de existencia que nadie recordará.

Dicho esto, la profesora dio un respingo, como si hubiera despertado de un trance. Miró a su alrededor, a las caras asustadas de los alumnos, y regresó caminando torpemente, de espaldas, pidiendo perdón a Caelia y a todos. Cogió su bolso y huyó del aula.

Corrió por el pasillo, golpeándose en un par de ocasiones con las paredes, y entró en el aseo, vacío en ese momento, dado que todo el mundo estaba en clase.

Se apoyó sobre la larga encimera de los lavabos y levantó la mirada despacio hasta verse en el espejo. Las lágrimas habían causado estragos en su maquillaje; su cara parecía un borrón entre el negro de la sombra de ojos y el rojo que había adoptado su piel.

Nerviosa, palpó el interior de su bolso y sacó el espejo de mano. Rápidamente, se miró en él y este le mostró la misma imagen, pero, sin que pudiera darse cuenta de cuándo sucedió, la imagen se volvió la de una persona diferente: ella misma, pero demacrada y con la mirada desquiciada.

La profesora se asustó y perdió el equilibrio, aunque logró sostenerse con una mano sobre la encimera. Mareada, comprendiendo que iba a desmayarse, buscó caer al suelo de manera controlada, pero un portazo que alguien había dado en el pasillo la devolvió a la

realidad. Aprovechó esta lucidez momentánea para abandonar el aseo apresuradamente, dejando el espejo de mano caído en un rincón, cuando la alumna que había dado el portazo entró.

Después de la última hora de clases, Elena y Caelia fueron a la biblioteca que había frente al instituto para comenzar con el trabajo.

Cuando Alberto llegó, Elena ya había organizado todo el material en la mesa mientras Caelia se entretenía con libros con imágenes desplegadas. Le maravillaba la cantidad de información que había en cada uno de ellos, casi toda nueva para ella. Demonio los miraba también con atención, colocado sobre la muñeca de Caelia, aunque de vez en cuando se acercaba al libro para jugar con alguna de las figuras.

Alberto se sentó saludando escuetamente y dejó la botella sobre la mesa junto a su brazo. Elena le saludó de la misma manera y enseguida le pasó su parte. Caelia era la única que no tenía parte, decisión de Elena que ella no tenía intención de discutir.

Demonio estaba nervioso. En cuanto Alberto se sentó con ellos, dejó de prestar atención a los libros y se situó en el hombro de Caelia, vigilándolo sin disimulo. Esto lo advirtió Elena, que, a pesar de que se había acostumbrado al bicho, como ella lo llamaba, no le conocía esa actitud. De cualquier forma, no iba a permitir que eso la distrajera; ya tenía suficiente con cargar con Caelia como para alargar demasiado el tener que relacionarse también con Alberto.

Así estuvieron una larga hora.

Demonio se había quedado dormido en su puesto de vigilancia y Caelia, ya aburrida de tanta lectura, se estiró en la silla e inspiró profunda e involuntariamente un olor muy desagradable. Como si se tratara de un sabueso, olfateó a su alrededor buscando la fuente del

hedor hasta encontrarla en Alberto. Cada vez que alzaba su botella para darle un sorbo, una ola repulsiva llegaba hasta Caelia.

Esto le molestaba más de lo que se pudiera imaginar. Necesitaba decir algo, pero Elena estaba entregada al trabajo y Demonio seguía en el mundo de los sueños.

—Alberto... Ese era tu nombre, ¿no es así?

—Sí —dijo, dejando de escribir y aprovechando para dar otro sorbo, lo que aumentó la incomodidad de Caelia.

—Ayer no acudiste a las lecciones, ¿tuviste algún contratiempo?

—Estuve enfermo.

—Lamento escuchar eso. Te perdiste algunas cosas... Me calcé zapatillas, ¿sabes?

Elena, sin dejar de escribir, arqueó una ceja. Alberto no dijo nada, pero siguió mirando a Caelia y dio un sorbo más.

—¡Por los dioses que te gusta el agua! ¿Has intentado dar un trago bien largo en lugar de millares de pequeños sorbos? —Caelia ya no podía disimular su incomodidad—. Ciertamente, cada vez que alzas el brazo...

—Caelia, basta ya —la cortó Elena—. Estamos haciendo un trabajo.

Alberto regresó al mismo. Caelia, lejos de quedar conforme, inició una conversación de susurros con Elena.

—¿Es que no te incomoda?

Elena hizo una mueca de agotamiento.

—Cada vez es peor —continuó Caelia—. ¿Cómo es posible que no lo huelas?

Elena dejó el bolígrafo sobre la mesa con un golpe y se volvió hacia ella.

—¡Ya está bien, Caelia!

Demonio dio un salto que le llevó de un hombro al otro, pero cayó de espaldas. Elena agarró la mesa con fuerza y respiró profundamente para calmarse.

—Creo que por hoy está bien. Será mejor que sigamos mañana.

Alberto asintió, recogió sus cosas y se fue. Elena recogió las suyas y le siguió sin esperar a Caelia, quien pisó un pequeño charco al levantarse. Este charco se extendía desde la silla en la que había estado sentado Alberto.

Se agachó para verlo más de cerca y comprobó que era agua, posiblemente de su botella. Demonio reaccionó con repulsión y no quiso acercarse tanto, por lo que permaneció en el interior de la túnica hasta que Caelia se incorporó.

—Va dejando su huella allí por donde pasa —se dijo y, recordando que Elena se había ido sin ella, salió corriendo para alcanzarla.

El camino de vuelta a casa fue lento. Caminaron en silencio la mayor parte del trayecto. Elena, sumida en su mal humor, Caelia, pensando en Alberto, y Demonio... Demonio disfrutaba del paisaje desde la capucha, bien cómodo.

Al girar en una esquina, a punto estuvieron de chocar con un grupo de personas que iba cargada con baldes, botellas y otros contenedores de líquidos. Estaban tan entusiasmados, que no notaron la presencia de las chicas ni que estuvieron muy cerca de provocar la caída de Elena sobre unos cubos de pintura abandonados junto a un cubo de basura.

Caelia, aprovechando que Elena se había detenido, decidió volver a sacar el tema de Alberto.

—No se me va de la mente lo de ese Alberto... Hay algo extraño en él, aparte de su olor, quiero decir.

—Déjalo ya, Caelia... —Elena habló desanimada, sin ganas de repetir la conversación.

—¿En verdad no advertiste nada? ¡Cómo es posible! Su olor era tan desagradable que Demonio perdió el conocimiento.

Demonio lo escuchó y, a pesar de su escasa capacidad de expresión, se notó que estaba disimulando.

—Que lo dejes...

—En el lugar del que vengo, nadie a su edad puede oler así.

—¡Basta ya!

El grito de Elena tuvo que oírse hasta en su casa. No se lo esperaba Caelia ni mucho menos Demonio, que dio un salto que le habría hecho caer de la capucha si no estuviera pegado a Caelia.

—¡Estoy harta! —continuó Elena—. De donde tú vienes, dices... Eso es. Caelia, dime, ¿de dónde vienes? ¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres?

A Caelia no le salían las palabras.

—¿Quieres saber qué me pasa? ¿Quieres saber qué he vivido durante los últimos dos años? ¿Por qué la gente en clase murmura sobre mí cada vez que abro la boca?

—Yo...

—Te lo contaré, no te preocupes. ¿Sabes qué es el permanganato de potasio? No, claro... Pues yo sí que lo sé; se me da muy bien la química, me encanta, ¡alucino con ella! Pero cometí un error. Si en su lugar hubiese cogido bicarbonato, no habría pasado nada, pero tengo tanta suerte que pasé dos años en cuidados intensivos y en rehabilitación... ¡Dos años!

—Elena hablaba sin parar. Caelia no habría podido interrumpirla ni habiendo sabido qué decir—. No solo eso. Cuando desperté, mis padres se habían separado, y, cuando volví a clase, mis compañeros, mis amigos, ya no estaban. El Club de Química se disolvió y me vi sola, en una clase con compañeros dos años más pequeños que yo. ¡Ya soy adulta y estoy aún en primero! Así que intento pasar desapercibida; acabar cuanto antes y largarme de casa a

vivir mi vida, pero soy alta —alargó la primera “a” para destacarlo—, pálida, ojerosa y encima destruí un aula... ¡No puedo pasar desapercibida!

Elena se detuvo un momento para observar a Caelia y abrió los brazos en actitud desesperada, queriendo recalcar que, además de todo eso, había llegado ella. Respiró profundamente antes de continuar.

—¿Sabes por qué no me importa cómo huele Alberto?

—No...

—Porque, como remate para estos dos años, cuando desperté, no solo había perdido a mi familia y a mis amigos, también había perdido el olfato y el gusto. ¡No huelo nada! ¡No saboreo nada! Tomo café solo por las mañanas para despertarme porque no me importa lo amargo que sea. Como siempre rápido, porque para mí es solo una cuestión de supervivencia. No uso colonia o perfume porque no sé si es adecuado para mí o no...

—Los cereales, entonces...

—Insípidos, los más baratos, sosos y que más llenan la tripa de todo el supermercado.

Elena tuvo que parar. Le faltaba el aire. Se volvió para enjuagarse unas pocas lágrimas que no había podido evitar que se le escaparan y su piel, que hasta ese momento había ido enrojeciéndose, volvía paulatinamente a su estado pálido natural.

—Y siempre... me falta... el aire.

Se tomó su tiempo para recuperarlo. No podía ir a ningún lado hasta hacerlo. Caelia la observó sabiendo que todas las preguntas que tenía acerca de ella habían sido respondidas.

—Agatena —logró hablar Caelia con su voz dulce y su tono tranquilo, aunque estaba intentando no decir nada inconveniente.

—¿Qué? —preguntó Elena ahogando un sollozo.

—Vengo de Agatena. Es una isla en el océano. Allí soy una taumaturga... Curo gracias al don que me entregó la diosa Chaxiraxi y ¡soy la que mejor se desempeña en su oficio! De hecho, no he conocido otro como yo, excepto mi padre, pero él ya falleció.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Cómo?

—Que si te burlas de mí.

—¡Por supuesto que no! ¿Puedes ver este mechón? —Caelia se señaló la parte de su pelo que era de color malva—. Es la prueba de mi don.

—Eso podría ser tinte.

—¿Tinte? —Caelia, muy seria, abrió uno de los botes de pintura del suelo e introdujo la cabeza, asegurándose de que todo su pelo quedaba cubierto por lo que quedaba de pintura. Demonio se agarró como pudo a la túnica para no acabar como ella.

Cuando sacó la cabeza, su cabello se iluminó y la pintura se convirtió en polvo que cayó sobre la acera.

—En Agatena no hay tintes para el cabello porque nada se pega a él. Por eso el mechón es prueba suficiente de nuestro don.

Elena se había quedado sin palabras después de ver a Caelia meter la cabeza en un cubo lleno de pintura para demostrar que decía la verdad, pero quería obtener más respuestas.

—Pero mi madre cree que eres su hija... Y mi tío. ¿Cómo es eso posible?

Caelia pensó antes de responder.

—De mi llegada tan solo recuerdo que desperté en tu alcoba con Demonio convertido en un pez del fango, mas sé que he utilizado uno de mis actos etérgicos antes de perder el conocimiento. Eso es seguro.

—¿Actos etérgicos? ¿Quieres decir que lanzaste un hechizo?

—¿Qué cosa es un hechizo?

—¿Usaste magia?

—¡Ah! No, no es magia como la de las leyendas. El don que recibimos ocupa parte de nuestro ser interior, de nuestro ser etérgico, y este nos permite canalizarlo al exterior e interactuar con el entorno. Así provocamos reacciones que, con práctica y dura labor, permiten la realización de diferentes actos. Yo soy experta en sanación y desarrollé actos etérgicos propios, como *familion*, el cual me permite introducir parte de mi ser interior en otra persona y este se reparte entre aquellos que están ligados a ella por el suyo propio, generando la ilusión de conocerme como un miembro de la familia más.

—¿Quieres decir que has modificado el alma de mi madre y de mi tío?

—¿Alma? Así lo llamaban los antiguos, ¡qué curioso! No te apures, soy especialmente cuidadosa con ello y la unión es muy débil y reversible, pero para ello necesito mi báculo. Sin él no puedo canalizar mi etergia...

—Entonces, cuando lanzaste ese *familion*, lo tenías contigo.

—Ciertamente, al menos debía de estar cerca, mas no lo he vuelto a ver.

—¿Eso es lo que buscabas ayer?

—Así es. Es el báculo que me regaló mi padre. Para mí es algo especial que me ayuda a enfrentarme a todo... Es de una madera singular de un árbol del norte de Agatena y me dijo que en su interior lleva sangre de dragón. Si lo encontrara, podría deshacerlo.

—Y ¿todo volvería a ser como antes?

—Así es.

Elena meditó unos segundos.

—¿Qué harás después?

—En el momento en el que me desligue de tu familia... Iniciaría mi viaje de vuelta a Agatena. Pienso que mi báculo me dará las respuestas que necesito.

Elena repasó mentalmente todo lo que le había revelado Caelia. Su procedencia, su naturaleza, todo de lo que era capaz... Por mucho que intentara no creerlo, quería hacerlo, ya que desde que apareció en su vida, habían pasado cosas que no podía explicar.

—Te creo. —Caelia sonrió—. Sin embargo, ¿por qué a mí no me ha afectado tu... acto etérgico?

—Lo he meditado hasta el cansancio, mas no he hallado respuesta alguna. ¿Será que tu madre no te quiere?

—¡Oye!

—¡Ja, ja, ja! Solo te... tomaba el pelo —Caelia le guiñó un ojo.

Elena se acercó a ella y le retiró con un dedo un poco de polvo de pintura que no había querido caer con el resto.

—Vamos a casa. Pensaremos dónde puede estar ese báculo tuyo.

Ambas reanudaron la marcha con la impresión de haberse quitado un enorme peso de encima. Por primera vez, Elena valoraba la posibilidad de que algo bueno podía llegar de todo aquello.

—Elena...

—¿Sí?

—Tu olor es muy agradable.

—Gracias.

—Por cierto... ¿Qué es una farmacia?

—¡Ja, ja, ja! —Elena rio con ganas por primera vez en mucho tiempo.

~~~~~

El sol iluminaba ya toda la aldea, incluida la habitación de Caelia y Mina. Como típica casa de trabajadores del campo, las ventanas de los dormitorios daban al Este, aunque Caelia no celebraba la salida de la estrella con el mismo entusiasmo que el resto de la familia.

—¡Arriba, hermana! —gritó Mina saltando sobre Caelia en la cama—. ¡Vamos a jugar!

Caelia se removió entre las sábanas gruñendo algo acerca de la luz.

—¡Sí! Madre dice que hoy Abora y Magec se han puesto de acuerdo para que el alzado sea más luminoso que nunca.

La voz de la madre se oyó desde la sala de estar llamándolas a desayunar. Caelia se incorporó en el acto, haciendo caer a Mina de la cama.

Sentada a la mesa ya, Caelia no se había dado cuenta, a que estaba completamente entregada a su pan y cuenco de leche, pero su padre estaba muy serio.

—Caelia, hija, te echamos de menos durante la vigilia —dijo la madre mientras le ponía una hogaza más.

—Oh... Lo lamento, madre... Me sentí indispuesta.

—¡Roncavas como un dragón! —exclamó Mina intentando abarcar con sus pequeños brazos el cuerpo gigante de un dragón imaginario.

—¿He de recordarte que las mentiras aquí no sirven? —intervino el padre haciendo ver su mechón ocre—. Puede que solo sea un campesino, mas puedo ver dentro de mis hijas.

—Vamos, no seas tan duro con ella. Hace poco que se recuperó por completo —respondió la madre echándose sobre la oreja su mechón escarlata.

—Pertenece a una aldea muy pequeña en la frontera con el cantón de Iruene. —El padre hizo una pausa—. Todos hemos de contribuir.

—¿Han avistado más?

—Más ¿qué, madre? Más ¿qué? —preguntó insistente Mina, pero su madre no quería pronunciar la palabra “demonio” en su presencia.

—Caelia, hoy acompañarás a la partida del bosque. —La madre miró alarmada al padre—. Está decidido. Te encargarás de protegerlos y curarlos, si es necesario. ¿Lo has entendido?

Caelia asintió.

—¡Yo también quiero ir al bosque!

—No, tú tienes que asistir a tus lecturas con el sacrario —le recordó su madre.

Mina hinchó los carrillos enfurruñada y asintió de mala gana.

El bosque estaba tranquilo. La partida no había tenido problemas y se había animado a penetrar más de lo que acostumbraban.

No había llegado la hora de comer cuando uno de los mozos salió corriendo del bosque. Tan asustado estaba que no podía explicar lo que ocurría.

Caelia lo sintió.

Del bosque surgieron cuatro demonios, todos de bajo nivel, pero igualmente peligrosos para las capacidades de la partida. Todos a un paso de Caelia.

Pero no la atacaron.

Pasaron junto a ella y se lanzaron sobre los miembros de la partida que aún no habían echado a correr hacia la aldea.

Caelia, confundida, tardó demasiado en reaccionar y eso provocó que uno de ellos quedase gravemente herido. Afortunadamente, la ayuda llegó enseguida y los demonios huyeron antes de poder transformar a nadie, pero el daño ya había ocurrido.

—¡En qué *estavas* pensando! —le gritó uno que sujetaba al herido para que no se siguiera retorciendo de dolor y poder analizar la gran herida en su costado—. ¡Haz algo!

Caelia corrió cuesta abajo hasta donde estaba el herido y se concentró en curar la herida. De su báculo emergió más etergia de la que era necesaria, puede que en un intento de compensar su error. Nadie había visto nunca a un dotado de Chaxiraxi realizar un acto etérgico de sanación, así que la sorpresa al ver que la herida sanaba en unos segundos era genuina.

El hecho se extendió por la aldea inmediatamente e incluso por el cantón de Magec, pero eran tantos los que alababan sus capacidades como los que sentían que había algo malo en ella, algo turbio, algo que había hecho que aquellos cuatro demonios no le atacaran y que le da tanto poder.

~~~~~

Carlota había llegado a casa hacía poco y disfrutaba en el sofá de su programa de cotilleo favorito, lo cual era un gran reconocimiento para este, ya que era una mujer enganchada a todos esos programas.

—Mamá, te has vuelto a dejar el móvil en casa. —Elena le dio el móvil, aunque Carlota lo volvió a dejar a un lado.

—¿Qué es eso? —preguntó Caelia dando un salto a la vez para sentarse junto a ella.

—El mejor programa de la televisión moderna —respondió—. Escucha, escucha...

Elena se sentó al lado de Caelia y le susurró al oído.

—Es una televisión. Sirve para ver cosas que suceden a distancia como si estuvieras allí mismo. Por cierto, mamá, ¿has visto que hay agua en el rellano?

Carlota solo tenía atención para la televisión. Caelia atendía con los ojos bien abiertos a lo que sucedía en la pantalla, maravillada por la novedad e intrigada por lo que se contaba. Demonio, que había rebotado varias veces por culpa del salto de Caelia, observaba con la misma fascinación.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Carlota.

—¿Qué ocurre? ¿Qué? —preguntó nerviosa Caelia.

—Una nueva revelación sorprendente, ¿verdad, mamá? —ironizó Elena.

—Calla, que no escucho.

—Caelia, estos programas son, en su mayoría, historias inventadas o exageradas.

—¡Oh! Como las de los contadores de leyendas.

—¿Inventadas? —intervino la madre—. ¿Es que no es verdad que esa mujer le robó la receta de pastel de boniato a su suegra y la hizo pasar por suya?

—¿Es posible? —preguntó Caelia totalmente sumergida en la historia y ganada para la causa de Carlota.

Elena observó a Caelia disfrutando de las tonterías que para ella eran estos programas. Verla interactuando con su madre y sentada junto a ella, era como si realmente fueran de la misma familia. Todo lo que había pasado los últimos años había sido traumático y aún estaba adaptándose a su nueva vida. Ahora, sin aviso, como caída del cielo, aparecía esta viajera de un mundo lejano y lo estaba revolviendo todo otra vez.

Antes también eran tres. De pronto vio a su padre en lugar de a Caelia, llegando tarde a casa con un nuevo golpe o herida que su madre le ayudaba a curar mientras le regañaba por haberse puesto en peligro.

—¡Oh, ya estamos otra vez! —se quejó Carlota.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Últimamente, la imagen se pixela, la señal no llega bien... A ver si la comunidad llama al técnico.

—¿No te toca a ti ser la presidenta?

—¿A mí? ¡Es cierto! Bueno, será cosa de la zona. Ya lo repararán.

—También podríamos contratar televisión por cable...

—¡Ja! Cuando empieces a trabajar y contribuyas en casa.

Elena sonrió solo por fuera.

Caelia recordó su conversación con ella y su deseo de marcharse lo antes posible. La miró de reojo, queriendo saber qué pensaba.

De noche, una concentración inusual estaba teniendo lugar en los alrededores del arroyo de La Peñuela. Este arroyo, de caudal escaso cuando no seco, llevaba ahora tal cantidad de agua que no era descabellado pensar que podría desbordarse. Decenas de personas se agolpaban tanto a sus orillas como en el interior, obviando cualquier medida de seguridad y la temperatura; todos intentando hacerse con agua en sus baldes y botellas e incluso bebiéndola directamente. Nadie veía de dónde surgía el agua; más arriba el arroyo era el de siempre, pero en algún lugar se estaba produciendo este surgimiento espontáneo.

Desde el Camino de Santa Juana, lugar que cruza el arroyo, una mujer anciana observaba la situación junto con su pequeño nieto de alrededor de cinco años. Alberto pasó por detrás de ellos, sorbiendo de su botella, y estos le siguieron.